



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

ÉLISA

JACQUES CHAUVIRÉ

Traducción de Regina López Muñoz

e
errata naturae

A Gilles Ortlieb

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2014
TÍTULO ORIGINAL: *Élisa*

© Éditions Le temps qu'il fait, 2003
© de la traducción, Regina López Muñoz, 2014
© Errata naturae editores, 2014
C/ Río Uruguay, 7, bajo C
28018 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-70-1

DEPÓSITO LEGAL: M-1389-2014

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)

IMAGEN DE PORTADA: © *A Girl in Black*, 1913 / Sir George Clausen /
Leeds Art Gallery, U.K. / The Bridgeman Art Library

MAQUETACIÓN: Natalia Moreno

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

ÉLISA LLEGÓ UNA MAÑANA de principios de otoño. Yo tenía cinco años. Estaba acodado en el antepecho de la ventana de la cocina cuando la vi aparecer en el jardín. Venía por el senderillo que seguía la ribera del arroyo. Mi padre había muerto en la guerra. Nuestros abuelos nos habían acogido en su casa, a mi madre, a mi hermano y a mí. A nuestro alrededor todo era campo. El caserío lo componían la casita y el terreno del señor Langlois, el albañil, y la granja del señor Deleau.

—Vaya —dijo mamá, que estaba detrás de mí—, esperábamos que llegara por la tarde. Ha venido por la carretera; habría tardado menos si hubiera bordeado el estanque.

Vestía un guardapolvo negro y llevaba un exiguo equipaje. Se fue acercando, pasó bajo las ramas del castaño del bancal. Mamá abrió la puerta principal.

Le dijo:

—Buenos días, jovencita.

Luego se corrigió:

—Buenos días, Élisabeth.

Y, acto seguido, preguntó por sus padres:

—¿Cómo están? ¿Y sus hermanos, Julien y Joannès?

Ella contestó con una sonrisa que su padre estaba agotado y ya no podía trabajar en el «ferrocarril». Solamente se dedicaba a cuidar del jardín. Su madre, en cambio, seguía encargándose de vigilar el paso a nivel del pequeño convoy que comunicaba Lyon con Jassans.

Yo conocía a Joannès. Era mayor que yo. Tenía, por lo menos, diez años. Ayudado por su perra, Follette, pastoreaba las pocas ovejas que pacían junto a la vía férrea. De vez en cuando, para evadirse de su soledad, tocaba con su clarín alguna tonada de pretensiones guerreras.

En 1920, en el campo francés, todos los niños eran aún un poco marciales.

Así pues, durante un breve instante pensé en el hermano de Élisabeth mientras ésta se encontraba todavía en la entrada, junto a mamá. Yo, receloso, frío, indi-

ferente en apariencia, escudriñaba a aquella joven que pronto pasaría a formar parte de mi vida cotidiana.

¿Qué edad tendría? Me resultaba complicado responder a tal pregunta. Creía recordar que mamá había dicho «dieciocho años».

La miraba con vehemencia. Su nariz chata era encantadora; sus labios, hermosos; y sus ojos resultaban dignos de admiración por su extraño color entre el azul y el verde. Había recogido su cabello negro con donaire en un moño a la altura de la nuca.

Llevaba el guardapolvo abotonado hasta abajo. Ciertos detalles, ciertas sonrisas, me revelaron que yo no le era del todo desconocido cuando, acaso para fingir normalidad o para asegurarse mi simpatía, me cogió de la mano.

Fue entonces cuando oí que la abuela bajaba la escalera y la mano de Élisabeth me abandonó. Me invitaron a salir al jardín. Alcancé a oír que la abuela decía:

—No estará usted sola. Ya tenemos una criada. Se llama Marguerite. La pobre criatura es del Limusín, y allí no hay trabajo. Su prometido murió en la guerra.

En aquel momento no tenía idea de las órdenes y consejos que la abuela tenía pensado dar a Élisabeth. Solía repetir que «quien se levanta a las seis y se acuesta a las diez, vive diez por diez». Yo aún ignoraba que aquella multiplicación auguraba cumplir cien años. Me parecía, no obstante, que con esos horarios

quedaría poco tiempo para descansar, dormir y jugar. Entendí que las tareas que confiarían a Éliisa no serían diferentes de las que llevaban a cabo Marguerite y la abuela, quien aún emprendía los asuntos domésticos con mucha pasión. Era una mujer disciplinada.

A última hora de la mañana el cielo se cubrió y empezó a lloviznar sobre el jardín. Yo merodeaba en el interior de la casa, ocioso y al mismo tiempo aguijoneado por la curiosidad. Éliisa quitaba el polvo a los muebles del comedor. Me habría gustado saber quién era, quién iba a ser. Me demoré, vigilante, en mi papel de discreto observador. No me daba la impresión de que se hubiera percatado de mi presencia, tenaz aunque salpicada de idas y venidas.

Debido al fresco y a la humedad, la abuela quiso que prendiéramos la chimenea del comedor que hacía las veces de sala de estar.

—Acompáñame —dijo Éliisa—. Vamos juntos a por leña al cobertizo.

Me pareció muy risueña y decidida, y sin titubear me agarró de la mano con una suerte de apremio jubiloso que, pese a extrañarme un poco, me resultó halagüeño. Volvimos a casa cargados y corriendo bajo la lluvia.

—Vamos a hacer una buena fogata —me dijo, muy animada.

Creí oír por primera vez aquella palabra, «fogata». Tal vez mamá o la abuela la hubieran usado en alguna ocasión, pero nunca con un ardor como el que brotaba de los labios de Éliisa.

Nos acurrucamos ante el hogar. Éliisa preparó la lumbre mientras me explicaba cuál era la mejor forma de disponer la leña sobre las ramitas. Yo no dejaba de mirarla. Sus manos se me antojaron ágiles y finas, y la proximidad de su cuerpo no me dejó indiferente. Ni muy cerca, ni muy lejos. Los troncos comenzaron a crepitar y las llamas nacientes culebrecaban: azules, verdes, fuego. Nos pusimos de pie y nos miramos con una sonrisa.

La abuela acababa de entrar, con su severidad y su eterna desazón.

—¿Qué hace, chiquilla, ahí parada mirando las llamas? No pierda el tiempo.

A primera hora de la tarde no vi a Éliisa. Nos había servido el almuerzo con un mandil blanco por encima de su sobretodo negro; me resultó bellísima, aunque no parecía encontrarse muy a gusto. Pero aquel pensamiento fugaz no hizo sino acrecentar la simpatía hacia ella que ya anidaba en mi interior. Comprendía cuán nuevo le resultaba lo que le exigían, y lo molesta que podía sentirse por la condición a la que quedaba relegada.

A la hora de la merienda entré a husmear en la cocina. Marguerite estaba sentada junto a la ventana,

zurciendo, según su costumbre. También llevaba un sobretodo negro. Me inspiraba algo de miedo a causa de su humor sombrío. Le pregunté por Éliisa. Me dijo que había ido a colocar sus cosas en el armario de la alcoba que compartían.

Me enteré de que al anochecer tendría que ir a buscar agua al pozo de la estación, que era el único del caserío que suministraba agua potable. Se me ocurrió que quizá podría acompañarla.

Volví al comedor, un tanto decepcionado por no haber visto a Éliisa, y allí encontré a la abuela haciendo punto junto al fuego y a mamá escribiendo una carta con tinta violeta en una hoja orlada de negro. Su luto no acababa nunca. Casi a diario narraba a cuñadas y primas su pena y su angustia.

Las veces que salía para dirigirse a Lyon con el fin de cobrar su modesta pensión de viuda de guerra, se tocaba con un sombrero cuyo largo velo de crespón la cubría hasta los hombros. Comoquiera que era corpulenta y sufría de artrosis en la cadera, caminaba penosamente, con cierta dificultad. Sin embargo, apenas tenía cuarenta años.

Yo padecía aquel duelo. Contrariado, mas sumiso.

Fue mamá quien pidió a Éliisa que me llevara consigo a la estación para sacar agua del pozo. Le aseguró

que mi compañía la ayudaría a integrarse más fácilmente en las costumbres de la familia.

Por suerte, había dejado de llover. Partimos juntos. Éliisa me llevaba de la mano, y la que quedaba libre agarraba un cántaro. Su mano era delicada y seca, y me parecía distinguir los huesos con mis dedos. Así pues, desfilamos ante la casa de la señora Bernard y su hijo, Cyprien, que era nuestro jardinero; y luego pasamos por delante de la vivienda del albañil y del terreno del señor Deleau, el campesino.

En la estación vimos a la guardesa, que vendía también los billetes a los escasos viajeros. Ésta se permitió algunas observaciones desagradables acerca de mi aspecto. Me dejó compungido.

—Tal vez —repuso Éliisa—, pero es mi hombrecito. Y algún día será mi compañero.

Puso las cosas en su sitio.

Emprendimos el camino de vuelta. Unas majuelas rojas salpicaban los setos. La brisa húmeda nos traía tímidos perfumes de vendimia, procedentes de unos cerros cercanos.

Éliisa se había puesto a canturrear una canción de la posguerra:

—Tras cuatro años de esperanza, todos los pueblos aliados...

Al compás de la melodía, sin soltarme de la mano, yo daba saltitos a su vera. Las dos hijas mayores

del señor Langlois se nos quedaron mirando al pasar, extrañadas.

Por las noches yo dormía en la cama de mamá. Durante la guerra y los primeros años que la sucedieron, sólo dos alcobas se caldeaban a duras penas gracias a unos fuegos de turba que se consumían lentamente. En realidad, durante el invierno la casa entera estaba sumida en el frío. Por ello dormía con mi madre desde mi más tierna infancia. A menudo ella leía cosas tristes antes de dormir: *Las cruces de madera*, *La vida de los mártires* o *Nêne*, de Ernest Pérochon.

Como mamá era muy corpulenta, la inclinación de la cama me apretaba contra su cuerpo. Según contaban, ella me había amamantado durante mucho tiempo. Desde entonces, yo había adquirido y conservado la costumbre de acariciarle —o, más bien, estrujarle— un pecho para conciliar el sueño. Ella no parecía ver inconveniente alguno en ello, y se mostraba indiferente. Al fin y al cabo, su seno no era más que un objeto, comparable a un osito de peluche o a la muñeca sin la que algunos niños no logran quedarse dormidos.

Con frecuencia, mamá se deleitaba contando a cualquiera, cuando la conversación giraba en torno

a mi insignificante persona, que yo no había llegado a conocer a mi padre y que él tampoco me había visto nunca.

Debía de tratarse de algo muy serio, si tanto lo recordaba mamá. E, indefectiblemente, aquella alusión la hacía llorar. A mí me afectaba en gran medida, sobre todo por las noches, cuando estaba a punto de quedarme dormido. No obstante, la noche de la llegada de Élisabeth el paso de la vigilia al sueño transcurrió sin sobresaltos, aun cuando la oscuridad del jardín estuvo poblada por los chillidos de las lechuzas.

A la mañana siguiente, congratulándose de la llegada de Élisabeth, mamá dijo:

—No está mal la muchacha. Es hermosa, tiene una buena figura y un pecho bonito. Le irían mejor los zapatos que los chanclos, pero para el campo... En fin, de todos modos también tiene babuchas.

Mamá me ayudó a vestirme y poco después, cuando entré en la cocina para desayunar, vi a Cyprien charlando con Élisabeth bajo el castaño del bancal. Él recogía los erizos que habían caído ya. A veces Cyprien disfrutaba de mi compañía. Me subía a hombros, o sobre su cabeza. En esos casos me decía: «Te llevo de boina roja». Debía de ser un joven republicano. Y así, con mi trasero apoyado en su coronilla, alzaba los brazos para agarrarme las manos y me paseaba por el jardín.